

ACTOS CULTURALES

PRESENTACIÓN DE *LAS PALABRAS DEL SÉSAMO* DE LUIS RICARDO CASNATI

Mariana Genoud de Fourcade
Universidad Nacional de Cuyo

Estamos aquí hoy para presentar el undécimo libro de Luis Ricardo Casnati, *Las palabras del sésamo*¹. No creo que “presentar” sea, en este caso, la expresión más adecuada, si tenemos en cuenta que la magnífica portada de este volumen puede admirarse en más de una librería mendocina y que ya un grupo de lectores ha disfrutado de estos poemas. No podemos olvidar, además, que este libro ha recibido un Premio Nacional por la excelencia de su edición y ha sido objeto de una reseña bibliográfica en un matutino de nuestra ciudad. En resumen, *Las palabras del sésamo* ya es noticia entre los interesados en la poesía y más aún entre los seguidores de un poeta de la envergadura de Casnati.

Pero como la poesía requiere un contacto de intimidad entre el lector y el hablante lírico, una reiteración de lecturas que vaya impregnándonos, sin condicionamientos, ni comentarios previos, quisiera, solamente, en esta ocasión, despertar en ustedes el deseo de

¹ Luis Ricardo Casnati. *Las palabras del sésamo*. Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 1995. 117 p. Colección Libros del Cuyum. En adelante citaremos *Sésamo*. La presentación del libro tuvo lugar el 2 de agosto de 1996 en la Enoteca de las Artes del Centro de Congresos y Exposiciones, auspiciada por el Instituto Provincial de la Cultura del Gobierno de Mendoza.

leer estos 101 sonetos y compartir el goce estético que produjo en mí *Las palabras del sésamo*, a través de un recorrido por los sonetos más significativos de este volumen. La lectura de los poemas², en la voz del mismo Casnati, se alternará con los ecos que los sonetos despertaran en mí, una lectora, que intentará ahora mostrar los valores de un libro de poemas que merece ser leído.

La mejor presentación para *Las palabras del sésamo* será, reitero, la lectura, atenta a las sugerencias de las palabras del poeta, que no pueden, ni deben, ser reemplazadas por la glosa o desmenuzadas en el exceso del comentario crítico, cuya función esencial es iluminar, en la medida de lo posible, el texto u ofrecer un ángulo de percepción.

Vamos, pues, a nuestro recorrido por *Las palabras del sésamo*, que comenzará, paradójicamente, por el Colofón. Ya es habitual en los libros de Casnati que él mismo nos dé algunas señales para la comprensión cabal de sus libros. Aquí, además de agradecer a Ediciones Culturales de Mendoza, que posibilitó a estos sonetos salir del “polvoriento sueño de los libros que esperan ver la luz un día”, y de allanar todo análisis relativo a la métrica, nos ubica en el momento de elaboración de este conjunto lírico: hace nueve años.

Este dato nos tienta a seguir el camino de lo biográfico, a internarnos en la búsqueda del referente externo que incitó a la creación.

Tentación que se acrecienta en el encuentro con el primer soneto: “Nada sucede”

“Y uno sigue igual. Con los caminos
tan cercenados o bloqueados como
los que ya caminó: sin un asomo
de cambio. Ve los días asesinos de

² En el acto de presentación, Luis Ricardo Casnati leyó los poemas que vamos a mencionar en su versión completa. Por razones editoriales, citaremos algunos poemas en forma fragmentaria.

los meses, los meses de los años,
los años de la vida. El horizonte
visible es como aquel Jano bifronte
de la mitología: desengaños

hacia adelante y hacia atrás olvido.
Todo parece vano y sin sentido
y dado a luz por la melancolía.

Y uno con su reloj de arena cruenta,
mirando cómo el tiempo se alimenta
de un día y otro día y otro día”³.

El título reúne el tono y el sentimiento total del poema. La vida se presenta al hablante lírico como una rutina sin salida, en donde se enseñoera la falta de sentido, la melancolía. El tiempo ofrece su faz más destructora: en una escala ascendente los días son “asesinos” de los meses, de los años, de la vida, la arena del reloj es “cruenta”, hasta que el tiempo devora al hombre: “el tiempo se alimenta de un día y otro día y otro día”.

Esta concepción del tiempo evoca fuertemente a Quevedo y es un tópico de la poesía de todos los tiempos. El tono de agobio, de pesadumbre, nos sorprende en Casnati quien ha calificado a su poesía de melancólica y nostálgica, pero esto es más que melancolía o nostalgia, es hastío, tedio. Un estado de ánimo que no es frecuente en esta voz lírica que ha sabido exaltar los goces vitales, en especial el del amor. Bucear en lo biográfico quizá podría despejar la clave del dolor que sume al poeta en este desencanto vital. Me resisto a este recurso porque resuenan en mí las palabras de Francisco Umbral en *Mortal y rosa*:

³ *Sésamo*. p. 11.

“Hay una especie de antropofagia intelectual, de canibalismo cultural, que siempre me ha preocupado. Las masas no devoran libros, canciones, historias o imágenes. Las masas devoran seres vivos. El hombre necesita comerse al hombre. [...] No basta con los libros. Interesa el autor”⁴.

No quiero cometer “antropofagia intelectual”. El soneto que hemos leído sugiere un momento de crisis, de sufrimiento, de desencanto... Todo hombre puede pasar por momentos semejantes en su vida. Lo diferente, lo que realmente interesa, es que el poeta busca refugio en la poesía y en ella objetiva su dolor en un intento de superación.

Hay un vaivén entre esta amargura que linda con el agobio y el denodado esfuerzo del poeta por reencontrarse con el goce vital a través de la creación .

El poeta se siente impulsado, ante la adversidad, a recurrir a la palabra, en este caso a *Las palabras del sésamo*, sugerente título del conjunto que connota simultáneamente el origen –la semilla del sésamo– y el misterio: “¡Sésamo ábrete!”, expresión mágica de “Las mil y una noches” mediante la que se abrían las puertas del tesoro oculto.

Las palabras del sésamo, son las palabras del origen, pero también las palabras mágicas para acceder al misterio. ¿El poeta ruega a la palabra para que le entregue sus tesoros, para que no se le niegue la expresión exacta de lo que siente? ¿O invoca a la palabra-semilla para reencontrarse con su origen?

Las connotaciones significativas se abren aún más, si nos remitimos a la simbología de los pueblos orientales, para quienes el sésamo era un elemento purificador en las ceremonias funerarias que confería inmortalidad, protección y resguardo. Los aceites que se obtenían del sésamo eran, además, prolongadores de la vida y fortalecedores del espíritu.

⁴ Francisco Umbral. *Mortal y rosa*. Barcelona, Ediciones Destino, 1979. p. 180.

Creemos que toda esta simbología se adecua a *Las palabras del sésamo*: la invocación al misterio, el anhelo de que el encuentro con el origen fortalezca al espíritu en crisis y de que la obra poética sea perdurable.

La tapa reproduce un óleo de Luis Quesada –“El nacimiento de la palabra”– en un juego de significados que se entrecruzan: buscamos con palabras el origen, el germen de nuestro ser y con imágenes asistimos al nacimiento de la palabra.

En los sonetos de *Las palabras del sésamo*, se vuelca la lucha interior contra el hastío mediante la recuperación del origen en el recuerdo amoroso de los antepasados –los portadores de la semilla, del sésamo– que se alterna con el homenaje a los amigos y a hombres admirados del arte y de la historia.

Desde la evocación, nostálgica y agradecida, de las raíces familiares inmediatas –los sonetos “Mi madre”, “Mi padre”, “La hermana”– el poeta se adentra en la búsqueda del pasado remoto y dedica, por citar un caso, uno de los sonetos a “Claude-Etienne Guyot”, “el abuelo de mi bisabuelo”.

Las raíces familiares, que arraigan al hombre a su tierra, aunque provengan de otras tierras, son insuficientes para quien ha hecho del arte y de la cultura una forma de vida. En medio de la soledad y el sinsentido, se refugia también en sus raíces culturales e históricas. Este es el sentido de los poemas dedicados a hombres de letras: Bécquer, Poe, Cervantes, Shakespeare, García Lorca, Borges, Erasmo, Horacio, José Pedroni, Neruda, Verlaine, Jean Giono, Rilke, Darío, sin olvidar a Bufano...

Músicos y pintores están presentes en *Las palabras del sésamo* en las figuras de Scarlatti, Vivaldi, Mozart, Van Gogh. La música, en el soneto dedicado a Antonio Vivaldi, será “la salvación por la belleza”.

De la historia surgen figuras paradigmáticas, modelos admirados: San Martín, Napoleón, Sarmiento, Yrigoyen, César.

Los amigos son un componente importante en este viaje a la semilla. No importa su notoriedad, sino lo vívido del recuerdo que se erige ahora nuevamente en reconfortante compañía.

También desfilan ante nosotros Gardel, el tango, lo de Hansen. Estos “mitos” argentinos, son una apertura desde el terruño hacia otros ámbitos y hábitos de su patria.

Casnati ha acentuado, con orgullo, el modo en que su padre, un extranjero, adoptó a esta tierra mendocina como propia. Así lo expresa en el último terceto de “Mi padre”:

“y mi orgullo raigal por lo que es nuestro
me vienen sólo de él, de ese maestro
criollo que había nacido en Lombardía”⁵.

De su padre nos da una imagen siempre unida a la figura del criollo: “El padre era la viga de quebracho” en “Mi hermana”, lo recuerda “con poncho, estribos, manos, caballo” en “Contemplando un daguerrotipo con mi padre a caballo” o enseñando y leyendo el Martín Fierro.

Nos concentraremos ahora en algunos sonetos, para mostrar el vaivén entre pesar y recuperación de la dicha, la evocación del origen y la creación poética como paliativo de la soledad.

Después de inaugurar el libro con “Nada sucede”, el péndulo se inclina hacia la esperanza: la vida puede volver a ser luminosa, como lo sugiere “El diamante”, segunda composición del libro

“ [...] Son pesados los infiernos
terrestres. Sin embargo, en un instante

cambia de signo el cenagal tirano,
y vemos que la vida, en nuestra mano,
resplandece otra vez como un diamante”⁶.

⁵ *Sésamo*. p. 19

⁶ *Ibid.*, p.12.

En “Saboreo de ver”, logra Casnati una fusión sinestésica por demás singular y significativa. La percepción detenida y deleitosa del sabor se traslada al deleite visual. Se entremezclan todos los sentidos en la percepción de la realidad en un juego dinámico que se resuelve en el “delirio luengo” del último terceto. Este adjetivo poco frecuente, cambia el ritmo del poema para remitirnos al tempo lento que implica el saborear:

“Saboreo de ver, delirio luengo
de cosechar mirando, yo que tengo
nada más que los ojos de la cara”⁷.

“Casi Felicidad” parece encontrar la clave para paliar el “dolor difunto”: reencontrar el asombro ante las realidades cotidianas y el refugio en la creación desinteresada y a la vez, indispensable, para seguir viviendo

“No pensar demasiado: ver el cielo
como siempre, asombrándome del hondo
azul; saber que por llegar al fondo
de cierta pena, ya estoy libre y velo

alegremente mi dolor difunto;
gloriarme por el álamo y el agua;
recordar el dulzor de aquella enagua
tenue por la que casi descoyunto

mi vida; desgranar fotografías
viejas; ejercitar ciertas manías;
encontrarme en la paz de una mirada.

⁷ *Ibid.*, p. 13

Y dorando la vida (esa doctora
en sombra y luz), seguir con lo de ahora:
escribir para nada y para nadie”⁸.

El sintagma que cierra el soneto: “escribir para nada y para nadie”, es expresión acabada del vaivén entre pesar y esperanza: del asombro inicial ante el azul del cielo, llegamos al desaliento de la creación sin destinatario. La repetición de sintagmas encabezados por verbos, da a la composición el ritmo de la enumeración, de la realización de actividades sucesivas para vencer la sensación de sinsentido que embarga al hablante lírico.

He insistido varias veces en la óptima selección de los vocablos que creo es una de las características más notables de esta poesía. En “Casi felicidad”, nos llama la atención el uso de “descoyunto” en posición final de verso.

El impacto se produce más en lo visual que en lo auditivo por la disposición gráfica. En lo semántico, tiene más fuerza que cualquier otro sinónimo. ¿El efecto sería análogo si sustituyéramos descoyunto/mi vida por destruyo o aniquilo, pierdo, arruino, destrozo, desarmo? Porque descoyuntar es desencajar los huesos de su lugar, es también desazón del espíritu y hay cierto aire cuyano en el uso de ese verbo.

En la solapa del libro, unas palabras de Emilia de Zuleta aluden con concisión a este talento poético que tratamos de describir: “Casnati ha sabido descubrir la infinita ambigüedad de las palabras para situarlas en el lugar exacto, en su perfil más sugerente y para dejarlas resonando con esa música esquiva que nos arrastra, sin sentirla casi, hacia una comprensión que va más allá de lo que la razón puede alcanzar. Quizá porque el poeta mismo ha convertido en sustancia lírica una íntima experiencia inaccesible al análisis racional”.

⁸ *Ibid.*, p. 14

Cuando en “Castigo de soñador” leemos: “Están gastadas las palabras del sésamo”, nos instalamos en la desolación total. ¿Habrá algo más terrible para un poeta que sentir agotada la materia de la creación perdurable?

En el octavo soneto –“Mi madre”– se inicia, concretamente, el viaje a la semilla que se emprende en el afán de recuperar el pasado en la evocación, para reencontrar el rumbo perdido.

Se establece un contraste entre la pareja: el padre que se arraiga y que traspasa al hijo su amor por esta tierra y las dificultades de la madre a la que le es difícil el abandono de sus orígenes franceses y transmite al hijo otra cultura:

“[...] Me dio a Balzac, a Hugo,
a Chateaubriand. Mi padre, en manso yugo,
pudo volverla al fin un poco criolla”.

Existe, sin embargo una empatía madre-hijo, que se manifiesta en “Octubre imposible”, donde el poeta evoca a la madre en un diálogo que alude, sin sentimentalismos, al anhelo imposible de poder compartir los gozos que los unían. Su madre es también un refugio mientras al poeta “lo comen los quebrantos”.

Todo es válido para vencer al tiempo y al olvido. Más de una vez recurre a las fotografías –“Mirando viejas fotografías”– que hacen retroceder artificialmente al tiempo.

Tiempo y recuerdo, son los ejes sobre los que gira el conjunto de sonetos. La evocación es el único escape a la soledad. Situación que se reitera una y otra vez, con formas siempre distintas en todo el poemario.

En el recuerdo del terruño sanrafaelino estamos otra vez ante el vaivén entre la felicidad y la decepción. La vista del paisaje cercano al río Atuel nos devuelve imágenes de paz y belleza:

⁹ *Ibid.*, p. 18.

“Río Atuel, pez azul, río paterno.
 Agua que entre gobierno y desgobierno
 sueña un barco imposible en su cintura.

Yo digo su recuerdo y su fragancia,
 que vienen desde el fondo de mi infancia
 a mojar me otra vez en su hermosura”¹⁰.

El tono de “Viaje al pueblo natal II” produce un cambio contrastante con el poema dedicado al Atuel,

“Con los ojos bien abiertos,
 melancólicamente derrotado,
 sé en el alma que he vuelto a mi pasado
 sólo para codearme con los muertos”¹¹.

Hacia el final el libro se abre a la esperanza. En “La clave”, sin dejar de reconocer las dificultades que acechan, se recupera la confianza en la palabra poética y se atisba un nuevo inicio:

“[...] Pero sé una clave
 para que mi fortuna se destrabe:
 encontrar la palabra que coincida
 conmigo mismo y con el universo
 e hilar con ella el humo de mi verso.
 Y le sonrío entonces a la vida”¹².

En esta línea se inscriben “Las cerezas” y “Mozart”. Los frutos rojos, brillantes encienden los sentidos del poeta y, entonces, surgen las imágenes que invitan al goce vital tan propias de Casnati:

¹⁰ *Ibid.*, p. 76.

¹¹ *Ibid.*, p.79.

¹² *Ibid.*, p.104.

“Definición sin mengua del verano,
 cerezas donde cantan los sentidos
 del mundo, breves cuerpos encendidos
 y habitados por un fulgor pagano

resuelto en púrpura y en escarlata
 y en carmesí y en bermellón de sueño,
 con qué eficacia, con que rojo empeño
 sintetizan el fruto que desata

para la vida lo que fue ilusión
 y suspirada expectativa con
 un cántaro de afanes y promesas.

Por eso el grito de mi juventud:
No quiero velas sobre mi ataúd.
Yo quiero una escudilla de cerezas”¹³.

“Mozart”, exhibe un virtuosismo lingüístico en la increíble sucesión de sustantivos (cuarenta y dos) que se agrupan de acuerdo con su campo semántico, para definir y ensalzar música de Mozart.

En varias composiciones anteriores, Casnati ha renegado de la posibilidad de renovación que es tópico obligado cuando se habla de la llegada de la primavera o de su mes, septiembre y de la fuerza de la palabra poética. El cambio que señalamos desde “La clave” se confirma en “Altos años”. Comenzamos esta presentación “al alimón” con la amargura de “Nada sucede”, nada mejor que finalizarla con la esperanza

“Con altos años todavía creo
 en la respuesta que tal vez me aguarda
 aquí o allá. No escucho la bastarda
 voz que ata la ilusión a su bloqueo

¹³ *Ibid.*, p. 107.

y su plomo. Y así ando por la vida:
todo el frescor de la esperanza late
semejante al de ayer. El acicate
me espolea, y sostengo yo la brida

como si fuera pluma o aire. Siento
libre el estímulo del sentimiento
y el pensamiento. Ignoro la frontera

de mi eventual vejez. Dedico un guiño
al sol diario, y me alegro como un niño
cuando veo llegar la primavera”¹⁴.

RESUMEN

Las palabras del sésamo, de Luis Ricardo Casnati, expresa a través de sus 101 sonetos, la vivencia estética de un tiempo de desencanto vital. En la presente nota se analiza el lugar de este poemario en la evolución expresiva del autor, sus temas predominantes, y el particular cuidado de la palabra como rasgo estilístico caracterizador de Casnati.

¹⁴ *Ibid.*, “Altos años”. p. 98.